OTRAS RAZONES

LA EXTINCIÓN DE LA IZQUIERDA

Salvo el brillante paso del siglo XVIII al XIX (Napoleón, Kant, Goethe, Goya, Beethoven, Laplace, Jefferson...), los cambios de siglo no han coincidido con los grandes cambios en el espíritu social de los tiempos. Y ahora, destruida casi por completo la esperanza de la liberación del hombre por medio de la política, la economía, la ciencia, la técnica, el arte o la educación, que ha sido la inmensa obra, moralmente demoledora, del siglo científico y tecnológico de la civilización industrial, la humanidad entra en el XXI sin izquierda, desprovista de ilusiones colectivas.

La historia no olvidará que la época más fulgurante en el dominio de la razón sobre los misterios de la materia y de la conciencia (Max Planck, Rutherford, Einstein, Hubble, Heisenberg, Freud...), la más prometedora en la curación de enfermedades y prolongación de la vida humana, la de más alto nivel de bienestar en la cuarta parte de la población mundial, ha sido también la más tenebrosa en el aplastamiento sistemático de la nobleza de las almas y de la libertad moral de las conciencias, la más cruel en genocidios y torturas, la que ha sacrificado el porvenir humanista de la humanidad a la ambición desaforada de poder, al infame consenso político y a la explotación tecnológica de la propensión de las masas a la servidumbre voluntaria.

Siendo muchos los motivos de orgullo sectorial, el contradictorio siglo XX siempre será, por la monstruosidad inaudita de sus crímenes, el siglo de Hitler y Stalin. Y por la liberación de las energías descomunales del átomo, el de Hiroshima y la conquista de la Luna. Por la instantaneidad de la noticia, será el siglo de la Televisión y la libre manipulación de una opinión pública mundial. Y por la racionalización del consumo de masas, el de la empresa transnacional y la sistemática corrupción del Estado de partidos. Por la especialización en el trabajo, será el siglo de la productividad, la enseñanza de las humanidades y la división de la cultura en culturas incultas. Y por la utilidad inmediata de la investigación biológica y militar, el siglo de la industria farmacéutica y genética, y el de guerra, droga y terrorismo. Por la necesidad de pleno empleo en el sistema de seguridad social, será el siglo del feminismo de cuota y de la moda juvenil. Por la inutilidad de la política en el Estado de partidos, el siglo de los estadios, los espectáculos de histeria colectiva, las sectas pseudorreligiosas y las migraciones turísticas. Por la automación editorial, el de la libertad de expresión sin libertad de pensamiento: el siglo de la informática. Y no será, pese a la unidad monetaria, el siglo de Europa.

La segunda mitad del siglo XX ha creado un tipo de civilización que habría escandalizado a las ideas progresistas del 1900. La alianza de la potencia material y la decadencia moral comenzó con la funesta propaganda de la guerra fría. La mentira, la doblez y la corrupción de los gobernantes penetraron, como ideal de vida oportunista, en todos los círculos dominantes de unas sociedades arruinadas y amedrentadas. Cuando hoy se defiende nuestro modelo de sociedad no se describe la democracia formal, ni los ideales colectivos de una existencia digna y sincera, sino un modo de producir, consumir, mandar, obedecer, enseñar, recrearse, hablar y pensar, donde el bienestar material nace, y se alimenta, del malestar cultural causado por la ausencia de libertad, verdad, justicia y belleza en el discurso público.

El siglo XX planteó, desde su inicio, un problema de justicia social igualitaria que, contra lo que pensaba Marx, la sociedad no podía resolver. La izquierda socialista marginó, o sacrificó a su ideario justiciero, la cuestión prioritariamente básica de la libertad política colectiva. El siglo termina, precisamente por eso, y para fracaso de toda la humanidad, con la extinción total de la izquierda política.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EL CIUDADANO ANTE LOS GIGANTES

Cuando Odiseo, guiado por la curiosidad, arrivó a la isla de los cíclopes y se encontró con Polifemo le saludó, como recordará el lector del poema, con corteses palabras, invocando las leyes de la hospitalidad y el respeto de la voluntad de los dioses, en actitud ingenuamente confiada. Mas la respuesta que obtuvo del poderoso Polifemo no pudo ser más despectiva. Y sólo la astucia provervial del héroe le permitió salvar la propia vida y la de algunos – no todos – de sus hombres. El ciudadano y la ciudadana de nuestros días se encuentran, también, en la navegación de su vida, no ante uno sino ante varios gigantes, que dominan, mucho más allá de una perdida isla, el planeta entero sobre el cual asentamos nuestros pies. Han nacido en los procesos de concentración, más poderosos que nunca en este fin de siglo. Y no son menos desconsiderados con los seres humanos. Sin embargo, su lenguaje les diferencia del cíclope. Antes de devorar a los humanos les encandilan con bellas palabras, presentándose como benefactores y protectores. Y el pobre ciudadano o ciudadana se entrega desvalido como alimento a quienes han reunido la fuerza y la astucia.

En anterior artículo me he referido a la concentración del poder tan llamativa en el orden económico con las crecientes fusiones que, frente a la mitología de la libertad de mercado, convierten a éste en territorio sometido a la omnipotencia de una minoría. Pero evidentemente esta dinámica del mundo actual, no se reduce a semejante ámbito, sino que polariza toda la vida pública en nuestro fin de siglo. Y así se manifiesta, también, en el campo militar y en el político.

De los ejércitos nacionales hemos pasado a una gigantesca alianza suprema en la OTAN. En su Nuevo Concepto Estratégico, como es sabido, se arroga el derecho de intervenir, siempre que lo juzgue conveniente, con plena soberanía y sin depender de las Naciones Unidas. Y ello se completa, además, con la impunidad. En efecto, terminada la agresión a Yugoslavia se está descubriendo por los equipos enviados la falsedad de las famosas fosas masivas de cadáveres. El concepto de genocidio sistemático, como recientemente comentaba entre otros Piris, que servía cual coartada para justificar los bombardeos destructivos de todo un país ha caído por su base. Y, sin embargo, no se ha abierto proceso alguno a los responsables de una agresión cuya criminalidad, ya antes evidente, ha quedado ahora todavía más al vivo. Ni siquiera ha habido destituciones por incompetencia.

Esta enorme concentración de poder deja inerme a los países que no forman parte de la Alianza, frente a ella. Sólo Rusia y China merecen todavía cierto respeto, Todo el Tercer Mundo queda a merced del gigante. Y, no sólo éste, también en el propio ámbito de los Estados que integran la OTAN, su ciudadanía, sometida a una incesante manipulación propagandística, hállase incapaz de formar un juicio justo sobre las acciones que el alto mando emprende. Nada más significativo que el silencio sobre la falsedad del genocicio, a que me acabo de referir, absoluto en los grandes medios, como las televisiones, sólo mitigado por vergonzantes informaciones relegadas a un segundo plano en la Prensa, cuando deberían haber constituido noticias de primera plana.

Y si en dominios tan decisivos como la economía y el militar, junto a la información y la cultura, la concentración del poder es tan escandalosa, ¿qué diremos de la política? Ha sido despojada de su posible capacidad de transformar la realidad, de incidir, al menos, sobre ella, recogiendo el sentir y las necesidades de los pueblos, para convertirse en mero apéndice de tales poderes. Y su funcionamiento registra la misma dinámica de concentración. Es el bipartidismo que tiende a dominar la arena política. Evidentemente tal reducción dualista materializa una simplificación de la riqueza de opciones políticas, pero la situación aún se agrava más en cuento los dos partidos, en la persecución de los votos desdibujan sus oposiciones, tratando de concentrarse en un centro fiel seguidor de los dictados económicos del Banco Mundial, del FMI, de las multinacionales y del Pentágono. La concentración económica y militar se completa con la política. Y la democracia, como «gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», que decía Lincoln, se convierte en el «aporreamiento del pueblo, por el pueblo y para el pueblo» con que ironizaba Oscar Wilde.

Carlos PARÍS

CONVOCATORIA ELECTORAL

Cuenta el espía J.B. que ha logrado desvelar uno de los secretos mejor guardados de La Moncloa: la fecha en la que iremos a votar los españoles en las próximas elecciones generales.

Sorprendió el amigo de *Juan Bravo* a dos allegados a la Presidencia en plena conversación sobre el asunto y anotó cuidadosamente los argumentos con los que uno de ellos justificaba la decisión que (o eso decía) ya se había adoptado.

Apuntó el espía en su cuaderno de notas que el presidente del Gobierno quiere agotar de verdad la Legislatura y que los cuatro años de mandato sean una realidad después de los sucesivos adelantos electorales, y romper así la mala costumbre impuesta por su predecesor Felipe González. Nada mejor para ello que esperar al mes de enero, una vez aprobados los Presupuestos Generales del Estado, para convocar a los españoles a las urnas el día cinco de marzo del año 2000, precisamente cuando se cumplirán cuatro años (con la mínima diferencia de 24 horas por exigencia del calendario) desde las elecciones que dieron la victoria al Partido Popular. Ahora, sólo queda esperar a que Manuel Chaves, el presidente andaluz, convoque para ese mismo día las elecciones autonómicas, como parece ser su deseo.

Juan BRAVO